

El pianista uruguayo Miguel Angel Estrella, encerrado en una cárcel uruguaya desde hace dos años.



En Uruguay, la música en libertad

QUE bonito, si el título de esta crónica fuera cierto. Y desgraciadamente lo es. Desde hace cerca de dos años, Miguel Angel Estrella, uno de los grandes pianistas mundiales, está encerrado —después de haber sido convenientemente torturado— en la cárcel del pueblecito situado a unos cincuenta kilómetros de Montevideo, llamado Libertad. Tal no es el nombre de la cárcel, pero así la ha bautizado la ironía popular. Cuando en Uruguay se dice que alguien está en Libertad, equivale al que en nuestro país se encuentra en Burgos o en Ocaña. Lo cual nos confirma que los escritores latinoamericanos encuentran lo real maravilloso sin necesidad de buscarlo.

Miguel Angel Estrella nació, en 1937, en Tucumán. Cursó estudios de piano en Buenos Aires y los amplió en París, con Marguerite Long, con Magda Tagliaferro y con Nadia Boulanger. A principios de los años setenta, los grandes compositores y profesores consideraban a Estrella como uno de los mejores intérpretes del momento. Yehudi Menuhin, que lo escuchó en Londres en el mes de abril de 1970, se quedó "impresionado por su profundo sentido musical y por la calidad dramática que es capaz de expresar". A Marcel Dupré, por las mismas fechas, le maravilló "su técnica deslumbrante, que es la perfección misma, y su interpretación, que es la de un auténtico músico. Miguel Angel Estrella es uno de los más notables pianistas de su generación", dijo el gran organista.

Pero Europa no era el campo de acción de Estrella. Decidió regresar a su país, y allí dio recitales en fábricas, en los centros populares y en los pueblos de indios toba. Organiza conciertos en campos de fútbol, de acuerdo con los sindicatos, hasta que los matones le advierten que es hora de dejar esos juegos peligrosos. Miguel Angel Estrella no puede hacer en Argentina lo que Mozart en los jardines de Augarte, o lo que en Italia hacen Maurizio Pollini, Luigi Nono o Claudio Abbado.

Estrella no cesa. Sigue tocando en los centros de trabajo, es elegido secretario de Cultura del Sindicato de Azúcar y trabaja en el Sindicato de Músicos argentinos. En 1974 ofrece un recital en Buenos Aires en memoria del padre Mújica, un apóstol de los suburbios de la capital, asesinado por la Triple A.

Todo esto le obligó a refugiarse en Uruguay en 1976. Ese mismo año, acusado de haber albergado a militantes revolucionarios, es detenido y encerrado en la cárcel tan mal nombrada.

Cuando la noticia de su detención llega a Europa, la reacción del mundo musical es inmediata. Yehudi Menuhin organiza un Comité de Defensa de Miguel Angel Estrella. Cinco mil compositores, intérpretes e intelectuales envían un telegrama al Presidente de la República de Uruguay. Durante varias semanas nada se sabe del pianista. Se trata de una "desaparición" más. Hasta que el cónsul de Inglaterra en Montevideo lo apercibe, entre otros detenidos, el 19 de febrero de 1977. ■ RAMON CHAO.

El comportamiento sexual del hombre y de la mujer (delicada cortesía sugerida por los movimientos feministas; hasta hace bien poco tiempo se habría dicho el comportamiento sexual del hombre, equiparando a la mitad de los habitantes del planeta con la otra mitad) se ha convertido en uno de los temas preferidos de la cultura occidental; una suerte de misterio a descifrar, un texto con múltiples lecturas y mensajes; sospechamos que nuestro sexo sabe más de nosotros mismos que nuestra conciencia, como diría Foucault, y por lo tanto, él posee el secreto, es a él a quien le preguntamos cosas, él quien nos desconcierta. Con el sexo se puede hacer de todo: hasta revistas. Tiene sus héroes y sus sacerdotes, sus establecimientos de compra-venta, sus mercados, su cotización, sus artistas y sus poetas. Entre sus popes, Freud y Reich han pasado al consumo, gracias a algunas incursiones en los mass media, que como siempre, al difundirlos, los deformaron. Entre revistas pornográficas, pinturas de Utamaro y muñecas inflables, el destino de la reflexión acerca del sexo parece abarcar cualquier

HACIA EL DESO

CRISTINA PERI ROSSI

"La estupidez consiste en querer terminar" (Flaubert).

LA cita de Flaubert, separada de su contexto, puede ser traicionera y al mismo tiempo enormemente reveladora; para el caso, hubiera servido también Ovidio, con su después del orgasmo viene la melancolía. Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut, los filóso-

fos de El nuevo desorden amoroso, la eligieron deliberadamente como acápite porque sintetiza uno de los postulados esenciales de este discurso sobre el sexo: la esclavitud del hombre al orgasmo —esclavitud fisiológica, psicológica, pero también social, estatal—, y la nueva esclavitud de la mujer, no ya excluida del orgasmo por la falocracia, sino sometida a él por



vertiente. Sólo algunas veces, sin embargo, ese discurso se convierte en un análisis totalizador, en una incitación a explorar libremente sus posibilidades. Fuerza devastadora y por eso temida, normativizada, codificada, la libido ha sufrido en casi todas las sociedades la opresión del poder, que ha intentado reglamentarla y permitirla sólo en sus formas productivas, esto es, socialmente rentables. Entre esos estudios hay uno relativamente reciente que ha conquistado a Europa, seducido a los movimientos más liberales y provocado la polémica —a veces violenta— en los medios psicoanalistas, y es, sin duda, uno de los libros más apasionantes que pueden leerse hoy día. Acaba de ser editado en España, por Anagrama, bajo el título de *El nuevo desorden amoroso*. Léalo. Es saludable y devastador; como los discursos más revulsivos, está lleno de ironía y de humor; por encima de todo, posee ese especie de oportuna distancia entre la cosa observada y la reflexión acerca de ella que puede convertirnos en sujetos de laboratorio.



RDEN AMOROSO

una concepción pragmática y productiva del placer (placer = orgasmo = energía conducida). O sea, bajo el rótulo de "revolución sexual", asistimos sólo a un desplazamiento de la esclavitud; si la mujer ha estado históricamente privada de placer por el poder absoluto del hombre, que la ha castrado, con la "revolución sexual", que intenta equiparar en cuanto al goce a ambos sexos, en realidad, se somete a uno al modelo de placer del otro (el modelo genital del orgasmo). Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut analizan con extraordinaria agudeza en qué consiste ese modelo falocrático del goce, enuncian la sospecha de que la fisiología masculina, con sus enormes limitaciones, instaure una dominación sobre la mujer no tanto para gozar libremente como para sofocar en ella una voluptuosidad que presiente tan fuerte y violenta que relativiza la suya, y lanzan sus dardos contra W. Reich, padre de la concepción racionalizada e industrializada del orgasmo. En el contrato sexual, el semen juega como medio de cambio, moneda erótica; él y sólo él confiere sentido a la relación y de él depende más o menos también la permanencia o la brevedad del mercado sexual; mientras la esperma no ha sido emitida el acoplamiento está por hacer.

La sexualidad genital: una inversión

El orgasmo juega un papel económico de primer orden: enjuga los excedentes, absorbe la plusvalía de excitación,

garantiza la circulación, el rendimiento voluptuoso. Al mismo tiempo, es un principio de no-ocio: conjura el peligro del desperdicio del tiempo, el nomadismo erótico, falta moral respecto a la tarea a realizar. (...) Existe en la copulación universalmente divulgada actualmente por la sexología una tendencia a la baja de la tasa de innovación, de sorpresa, de invención.

Nada resulta más cierto: a pesar de la aparente "liberación sexual" (que tiene mucho más que ver con una liberación del lenguaje acerca del sexo —el oral, el escrito, el visual—, que con una liberación de nuestra capacidad de gozar) hombres y mujeres continúan sin desarrollar su posibilidad sensual, limitada, cuando mucho, a una competencia —patética— acerca del número de orgasmos. La responsabilidad de esta escasa imaginación y realización sexuales se encuentra, según nuestros autores, en el modelo de relación genital, típicamente falocrático, en el orgasmo masculino, aburrido, previsible ("en los primeros momentos están inscritos los últimos") y en el sentimiento de envidia, extrañeza y temor que la sexualidad femenina (no sometida a la eyaculación) provoca en el hombre. De este modo, Bruckner y Finkielkraut subvierten la teoría freudiana, y de la envidia del pene pasamos a la envidia del panerotismo femenino.

El mito de la pasividad femenina

El desorden amoroso es uno de los primeros libros que

trata —no de una manera exclusiva— la sexualidad femenina sin remitirla a modelos masculinos, como suelen hacer los sexólogos, sino como la otredad, la alteridad desconocida, y por eso mismo inquietante, perturbadora. "La mujer hace el amor para despertar su deseo y no para matarlo y expulsarlo de ella, como el hombre". Por eso mismo, prescinde de estadísticas, de cifras reveladoras (nada se descarga en la mujer que no se reconstituya o recupere, emoción absolutamente intransitiva, ajena a cualquier finalidad médica, higiénica, humoral, amorosa); la sexualidad femenina, y específicamente, su sensualidad, no son cuantificables, no pueden encerrarse ni clasificarse, no son posibles de estandarización, es voluptuosidad ilimitada. Es aquí donde el término desorden alcanza su más espléndido significado: en la descodificación, en el goce que no reconoce o privilegia a unas partes sobre otras, que reclama para su deleite el cuerpo completo, todos los órganos. El surgimiento de lo femenino es un intento de no privatizar las zonas erógenas; en todo caso, de

considerar que todas lo son. De ahí que el desorden amoroso sea una descodificación del orgasmo genital y un reconocimiento de la sexualidad femenina como diferente a la masculina: Amamos a las mujeres como a unos nuevos invasores que no legislan nuestro deseo, sino que lo liberan.

En aproximadamente 350 páginas, los autores revisan, con profundidad e ironía, el bagaje de la ortodoxia sexual (la médico-sanitaria, la psicoanalítica, la reichiana) y también las falsas revoluciones sexuales, que luchan contra una norma para instaurar otra. No se trata de sustituir un orden caduco o unos principios agotados, sino de proponer algo que muy oportunamente los autores denominan "desorden amoroso": la coexistencia de todas las sexualidades, sin jerarquías; lo cual quiere decir el panerotismo, la polimorfia, o la maleabilidad amorosa. Se trata, también, de superar las mediocres emociones codificadas y de reconocer que no existe una innata programación erótica para todos. Dichosamente, nos están hablando de libertad. ■